

PAIDOS STUDIO

1. W. Reich: *Análisis del carácter*
2. E. Fromm: *Humanismo socialista*
3. R. D. Laing: *El cuestionamiento de la familia*
4. E. Fromm: *¿Podrá sobrevivir el hombre?*
5. E. Chinoy: *Introducción a la sociología*
6. V. Klein: *El carácter femenino*
7. E. Fromm: *El arte de amar*
8. E. Fromm: *El miedo a la libertad*
9. M. Schur: *Sigmund Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra*
11. F. Willems: *El valor humano de la educación musical*
12. C. G. Jung y R. Wilhelm: *El secreto de la flor de oro*
13. O. Rank: *El mito del nacimiento del héroe*
14. E. Fromm: *La condición humana actual*
15. K. Horney: *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*
16. E. Fromm: *Y seréis como dioses*
17. C. G. Jung: *Psicología y religión*
18. K. Friedlander: *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*
19. E. Fromm: *El dogma de Cristo*
20. D. Riesman: *La muchedumbre solitaria*
21. O. Rank: *El trauma del nacimiento*
22. J. L. Austin: *Cómo hacer cosas con palabras*
23. E. Bentley: *La vida del drama*
24. M. Reuchlin: *Historia de la psicología*
25. F. Künkel y R. E. Dickerson: *La formación del carácter*
26. J. B. Rhine: *El nuevo mundo de la mente*
27. E. Fromm: *La crisis del psicoanálisis*
28. A. Montagu y F. Matson: *El contacto humano*
29. P. L. Assoun: *Freud. La filosofía y los filósofos*
30. O. Masotta: *La historieta en el mundo moderno*
31. D. J. O'Connor (comp.): *Historia crítica de la filosofía occidental. I (La filosofía en la antigüedad)*
32. D. J. O'Connor (comp.): *Historia crítica de la filosofía occidental. II (La filosofía en la Edad Media y los orígenes del pensamiento moderno)*
33. D. J. O'Connor (comp.): *Historia crítica de la filosofía occidental. III. (Racionalismo, iluminismo y materialismo en los siglos XVII y XVIII)*
34. D. J. O'Connor (comp.): *Historia crítica de la filosofía occidental. IV. (El empirismo inglés)*

(Continúa al final del libro)

Philippe Ariès

EL TIEMPO DE LA HISTORIA

Prefacio de Roger Chartier



PAIDOS

Buenos Aires
Barcelona
México

I

UN NIÑO DESCUBRE LA HISTORIA

A algunos adolescentes les tocó en suerte descubrir la historia en los recovecos de un libro leído por azar, de una lección evocadora sin que el maestro lo supiera. Esto sucedía en los períodos calmos, o más bien en ese siglo de quietud excepcional que va desde 1814 hasta 1914, durante el cual nuestros antepasados pudieron creer que su destino se desarrollaba en un medio neutro, que esos destinos eran dueños de su curso. Esta cerrazón frente a las preocupaciones colectivas, esta impermeabilidad a las agitaciones de la vida pública subsistieron para algunos, los más favorecidos, hasta los pródromos de la guerra de 1939, digamos hasta el 6 de febrero o hasta Munich.

Por el contrario, las generaciones que llegaron a los veinte años alrededor de 1940, o después, dejaron de tener conciencia de la autonomía de su vida privada. No había casi una hora del día que no dependieran de una decisión política o de una agitación pública. Estos niños, estos jóvenes se encontraron de entrada en la historia y no tuvieron que descubrirla; si la ignoraban, era de la manera como se pasan por alto las cosas más cercanas del universo familiar.

Yo no nací, como ellos, dentro de la historia; hasta el armisticio de 1940 viví en un oasis bien cerrado a las preocupaciones del exterior. En la mesa, es verdad, se hablaba de política; mis padres eran realistas fervorosos, lectores asiduos de *Action Française* desde sus orígenes. Pero esta política estaba a la vez demasiado cercana y demasiado alejada. Muy cercana, porque era una amistad, una ternura. Se evocaba la historia de los príncipes, su crónica; nos divertíamos con respetuosa admiración con los exabruptos de Daudet, con los dardos acerados de Maurras.

El periódico era escudriñado y comentado diariamente. Pero de la misma manera como uno habla de los parientes o

de los amigos. Nunca tuve, antes de la guerra, el sentimiento de la vida pública como de una especie de prolongación de mi vida privada, que la dominaba y la absorbía. Se decía que todo andaba mal, pero en ningún momento se hablaba en familia de las dificultades concretas, de la incidencia palpable sobre nuestra vida cotidiana que pudiera tener una legislación, una decisión del Soberano.

Esto dejó de ser así después de la guerra. El aprovisionamiento, la inflación, las nacionalizaciones (y cito estos ejemplos solamente como ayudamemoria) invadieron la vida cotidiana. Mi hermano habla de sueldos, de empleos en una época en que mis amigos y yo, dentro del oasis, ignorábamos las cuestiones de dinero. Uno de mis hermanos se preparaba para Saint-Cyr. Yo me presentaba a la agregatura en historia. Ni él ni yo habíamos tenido jamás la curiosidad de conocer el sueldo de un oficial del ejército o de un profesor. Y si pudimos permanecer tanto tiempo en él no fue en primer lugar por la situación económica de nuestros padres, sino por el prisma a través del cual mirábamos lo externo, lo colectivo. Las agitaciones de la Historia nos llegaban a través del periódico amigo, a través de los comentarios de amigos que, por más enzarzados que estuvieran en la vida pública, pertenecían al mismo oasis.

Esto explica por qué no nací en la Historia, pero reflexionando sobre ello, comprendo la seducción del materialismo sobre aquellos de mi generación que no fueron preservados de la inmersión prematura en el mundo de lo social, de lo colectivo. No tuvieron un mediador amistoso entre ellos y el dinero, el desempleo, la competencia, la áspera búsqueda de relaciones, de influencias. Para ellos no existió el oasis.

Porque había un oasis, yo vivía fuera de la Historia. Pero también, precisamente por ese oasis, la Historia no me era extraña. Me acompañó desde mis primeros recuerdos de infancia, como la forma que adoptaba en mi familia y mis relaciones cercanas la preocupación política. ¿Pero se trataba verdaderamente de la Historia? No era la Historia desnuda y hostil que invade y arrastra, la Historia en la cual uno es, fuera del frágil coto de las tradiciones familia-

res. No era la Historia, hay que reconocerlo, sino una transposición poética de la Historia, un mito de la Historia. En todo caso, era una intimidad permanente con la presencia del pasado.

¿Una presencia del pasado que es distinta de la Historia? Podríamos admirarnos si olvidáramos que la Historia está ligada previamente a la conciencia del presente. ¿Romanticismo, entonces? ¿Imaginación de los fastos pintorescos y cosquilleantes de las edades pretéritas? Algo, sin duda, pero tan poco que apenas hace falta hablar de ello. Algo muy valioso, muy amenazado también, y con justicia: amenazado hoy día por la Historia.

Mi familia, como dije, era realista. Realistas enrolados sin reservas en *Action Française*, fanáticamente, pero muy nutridos por una imaginería anterior a la construcción doctrinaria de Maurras. En conjunto, se trataba de un tejido de anécdotas, con frecuencia legendarias, sobre los reyes, los pretendientes, los santos de la familia real. San Luis y Luis XVI, los mártires de la Revolución. Cuando era muy pequeño me llevaron, en uno de esos pascos dominicales que los niños detestan, a los Carmelitas donde perecieron las víctimas de Septiembre, a la Capilla Expiatoria del Bulevar Haussman, construida durante la Restauración en memoria de Luis XVI, María Antonieta y los Suizos del 10 de Agosto. En casa de mis tíos, en el Médoc, me mostraban cada año, durante las vacaciones, imágenes herméticas, heredadas del período revolucionario, donde, como si se tratara de una adivinanza, aparecían los rasgos del Rey, de la Reina, Madame Elizabeth, dibujados por el follaje de un sauce llorón. Cada año se volvía a justificar, bajo el retrato de un sacerdote víctima de los ahogamientos de Nantes, las palinodias del antepasado que, alcalde de Burdeos bajo Napoleón, había recibido al Conde de Artois: en lugar del burgués conservador y oportunista se colocaba la imagen ideal de un realista fiel y astuto. Una de mis tías me explicaba de qué manera mi tatarabuelo, general de la 1ª República, había probado victoriosamente que,

bajo el uniforme del revolucionario, su corazón había seguido siendo realista.

Toda mi familia tenía avidez por las memorias, sobre todo las memorias del siglo XVIII y de la Revolución, de la Restauración. Me leían pasajes que unas veces eran testimonios conmovedores de fidelidad; otras, encomios enternecedores de la felicidad que significó vivir en aquella época. Este sentimiento de la Edad de Oro, que fue el de los sobrevivientes de la Revolución, era el de mis padres. Llegaba hasta explicar el bidé, descubierto en el granero, que demostraba sobreabundantemente que la higiene no era una invención moderna, como lo sostenían los espíritus perversos. La frase de Talleyrand sobre la dulzura de vivir es una de las primeras frases históricas que aprendí. Se la debo a mi abuelo, que ese día había dejado la lectura de la *Historia de los duques de Borgoña*, del conde de Barante, para llevarme al parque.

Fue él quien me contó el asesinato del duque de Guisa para ponerme en guardia contra las acusaciones que una historia republicana y mal intencionada hacía recaer sobre Enrique III.

Es imposible imaginar hasta qué punto este pasado feliz y apacible estaba presente en la memoria de mis padres. En cierta medida, vivían en él. Todas las discusiones políticas sobre la actualidad terminaban en una referencia al tiempo feliz de los reyes de Francia. Aunque habían sido bulangistas y antidreifusistas, su conservadorismo social, semejante al de la burguesía católica de su época, tenía un matiz especial: la nostalgia por la vieja Francia.

Este repertorio de imágenes de los realistas, vigente todavía en 1925, parecerá ingenuo e infantil: efectivamente, era creación de las mujeres. Los hombres, en el fondo, habían sido fieles sobre todo a los intereses de su clase; su política seguía la evolución normal de la burguesía en el siglo XIX. Pero esta política, exenta de fanatismo por otra parte, se detenía en el dintel de la puerta de calle. La casa era el dominio de las mujeres. Y las mujeres no habían dejado de ser realistas con pasión. Se solazaban en los recuerdos

tiernos del pasado, recogían las anécdotas, arreglaban según la propia conveniencia las migajas de historia que encontraban en las memorias, las tradiciones orales. Descartaban todo aquello que, en la vida de sus padres, parecía una ruptura con el pasado, y el pasado no sobrepasaba 1789 sino mediante sus prolongaciones en la vida de los Pretendientes.

En definitiva, la fidelidad de las mujeres había triunfado sobre el oportunismo de los hombres. Al iniciarse la política radical, las débiles convicciones de los hombres, casi exclusivamente electoralistas, se desvanecieron rápidamente, y bajo influencias que no tienen nada que ver con nuestro tema, pasaron a agruparse bajo la Bandera Blanca familiar. ¿Habrán sido porque tenían un espíritu más crítico? ¿Habrán atenuado la visión tipo "cuento de nodriza" de la tradición? Poco importa. Para una curiosidad de niño lo más importante seguía siendo el valor de imagen. Y no estoy seguro de que no fuera el más real.

Este mundo de las leyendas realistas lo encontré casi al lado de mi cuna. Lo reconozco desde los recuerdos más alejados de mi infancia. La idea de tiempo histórico, tan pronto como pude concebirla, quedó asociada con una nostalgia del pasado. Imagino que debió ser exasperante para mis pequeños camaradas de colegio esa preocupación constante por la referencia a un pasado nostálgico, en mis primeras discusiones políticas. Y éstas comenzaron muy pronto; dramatizadas, por otra parte, por el gran conflicto de conciencia que fue la condenación de *Action Française* por el Vaticano, la Bula *Unigenitus* de mi infancia.

Este pasatismo no se quedaba en el dominio ideal de la conversación y el soñar despierto. Se traducía en un esfuerzo por participar de la Edad de Oro. Cosa curiosa: este interés por lo que se acostumbraba llamar la Historia (en mi casa "se amaba la Historia") no se satisfacía con lecturas fáciles o pintorescas, necesariamente fragmentarias. Yo desconfiaba sobre todo de lo fragmentario y de la facilidad. Durante mis vacaciones a la orilla del mar —yo tenía apenas catorce años— me paseaba por la playa con un viejo manual para el 6º año de la enseñanza secundaria, y me

sentía muy orgulloso cuando una amiga de mi madre se asombraba de una lectura tan ingrata. En realidad, me esforzaba mucho por descifrar este conglomerado de datos y de hechos despojados de la más mínima parcela de interés. Dejemos de lado la vanidad infantil. Yo sentía muy oscuramente que para encontrar nuevamente la presencia de ese pasado maravilloso, había que hacer un esfuerzo, vencer esa dificultad, en una palabra, superar una prueba. Era un sentimiento absolutamente no razonado, que hubiera sido incapaz de expresar, y aun de concebir claramente; sin embargo, no creo haberlo imaginado *a posteriori*. Lo encuentro intacto en un rincón de mi memoria. Explica por qué razón, sin sufrir el influjo de mis padres ni de mis profesores (en las clases inferiores de los colegios religiosos la enseñanza de la historia era inexistente), yo descuidaba las lecturas más fáciles (y más instructivas) para recurrir a manuales de apariencia seria. Intentaba volver a encontrar, en la aridez y el esfuerzo, aquella poesía de los viejos tiempos que manaba, sin esfuerzos, en el ambiente familiar.

A decir verdad, me pregunto hoy día si esta búsqueda ingenua de la probación no participaba de la experiencia religiosa, tal como estaba configurada por los métodos entonces clásicos de educación espiritual. Esta se fundaba sobre la noción de sacrificio. No tanto el sacrificio divino cuanto el sacrificio personal, la privación necesaria: se llevaban anotaciones de los sacrificios ofrecidos como si se llevaran registros de la temperatura. Existía, en mi conciencia infantil del pasado una analogía confusa, pero cierta, con el sentimiento religioso. Sin ninguna posibilidad de objetivarlo, yo suponía un lazo entre el dios del catecismo y el pasado de mis historias. Ambos pertenecían al mismo orden de emoción, sin efusión sentimental, con una exigencia de aridez. Confieso por otra parte que, con la perspectiva que da el tiempo, mi emoción histórica en el contacto con esos manuales me parece de una cualidad más auténtica que mi devoción de entonces, enteramente mecánica.

En ese momento, según creo, mi experiencia se distinguía del sentimiento pasatista de mi familia; se transformaba, propiamente, en una actitud ante la Historia. Mi familia,

las mujeres y, por contagio, los hombres, vivían en plena ingenuidad con una apertura hacia el pasado. Poco les importaba que su visión de éste fuera fragmentaria. Es más; tenía que ser fragmentaria, ya que para ellos el pasado era una cierta manera de ver bien definida, una nostalgia de un color bien preciso. Leían mucho, y casi exclusivamente relatos históricos. Sobre todo memorias, pero sin experimentar en absoluto la necesidad de colmar las lagunas de su conocimiento, de cubrir sin hiatos un lapso de tiempo. Sus lecturas nutrían el repertorio de imágenes que habían heredado y que estimaban definitivo. La idea misma de un retoque o de una renovación les causaba espanto.

Lo curioso es que no tenían conciencia de sus lagunas. Menos por negligencia, por pereza de espíritu, que porque a sus ojos no existían lagunas; podían faltar detalles, pero eran detalles sin importancia. Estaban persuadidos, con una persuasión ingenua, como algo obvio, de que poseían la esencia del pasado, que en el fondo no había diferencia entre ellos y el pasado: el mundo que los circundaba había cambiado con la República, pero ellos se habían quedado en aquél.

Esta conciencia del propio tiempo, que experimentaron con una impresionante brutalidad las generaciones de 1940, existía también para ellos, pero trastocada más de un siglo. Ellos estaban en el pasado como nosotros estamos en el presente, con el mismo sentimiento de familiaridad global, en el cual importa poco el conocimiento de los detalles, puesto que se coincide con el todo.

Yo no lograba contentarme con esta impregnación por el pasado vivido como presente. Sin darme cuenta, por otra parte, de esta descolocación. Ahora no la encuentro en mí con la misma frescura viviente. La descubro mediante el análisis, porque éste me explica el móvil secreto que yo seguía cuando me hundía en los manuales. Con total candidez, sentía que no podía vivir en el pasado con la misma ingenuidad que mis padres.

¿Exigencia personal? No lo creo. Para mi generación, a pesar de la maceración impuesta por las tradiciones familiares, el pasado estaba ya muy lejos. Mi madre, mis tías

habían sido educadas en conventos de la Asunción, y sobre todo del Sagrado Corazón, donde maestras y alumnas volvían resueltamente las espaldas al mundo. Ya no sucedía lo mismo en el colegio parisino de los jesuitas donde yo comencé mis estudios. Había allí demasiados "republicanos", demasiados problemas.

Mis padres habían vivido en provincia, e incluso en las Antillas, a las que la ruptura de 1789 no había casi afectado. Yo vivía en París, en la gran ciudad técnica, donde, por más cerrado que uno estuviera al mundo moderno, el pasado estaba menos presente, donde el hogar familiar estaba más aislado. En las provincias, en las islas, ese pasado constituía todavía un medio denso y complejo. Aquí, en París, era más bien un oasis en medio de un mundo extraño pero invasor.

Lo que a mis padres les había sido dado sin ninguna actividad de su parte, yo tenía que adquirirlo. Yo tenía que conquistar ese Edén perdido, y para ello tenía que recuperar la gracia mediante la probación. Y además —quisiera insistir sobre este punto— mi exploración difícil de un pasado deseado pero lejano, no podía quedar satisfecha con los fragmentos de historia, por ricos que fueran, que bastaban a mi familia. Las memorias, lectura favorita de mi familia, me tentaban y rechazaban al mismo tiempo. Me tentaban, porque encontraba en ellas el encanto del Antiguo Régimen, la nostalgia que excitaba mi deseo de saber. Me rechazaban, porque el conocimiento que yo extraía de ellas me volvía más sensible a las zonas periféricas de sombra: hacían resaltar mi ignorancia de lo que quedaba fuera de mis lecturas. Y pienso que ese sentimiento se impuso. Hoy día lo lamento, y si tuviera que dirigir niños enamorados de la Historia, los orientaría, al contrario, hacia esos testimonios vivos. Sé que esos fragmentos contienen más Historia, e Historia total, que todos los manuales, aun los más eruditos. Pero nadie me guiaba entonces, porque alrededor de mí no se creía que la Historia pudiera ser otra cosa que lo que se vivía. Por otra parte, yo no deseaba consejos. Y quizás la autonomía de esa evolución es lo que le infunde interés.

Así pues, yo dejaba de lado las lecturas vivientes en fa-

vor de los manuales escolares, los correspondientes a mi curso y sobre todo los de los otros, como corresponde. Encontraba en ellos, a pesar de la sequedad de la exposición, una satisfacción que mi memoria conserva intacta.

Tenía la impresión, sobre la base de una cronología minuciosa, o que así me lo parecía, de recubrir la totalidad del tiempo, de encadenar hechos y fechas mediante lazos de causalidad o de continuidad, de suerte que la Historia no era ya un cúmulo de fragmentos en un ambiente sino un todo, un todo sin fisuras.

En esta época de mi vida, durante el cuarto y quinto año de la segunda enseñanza, yo estaba verdaderamente poseído por el deseo de conocer toda la Historia, sin lagunas. No tenía entonces ninguna idea de la complejidad de los hechos. Ignoraba la existencia de las grandes historias generales, como la de Lavisse, y mi ciencia cronológica me parecía llegar a los límites. Por otra parte, los manuales escolares no me bastaban ya: los había reducido a cuadros sinópticos. Recuerdo un gran cuadro de la Guerra de los Cien Años, subdividido al infinito. Es que el manual me parecía demasiado analítico; como si la cohesión de los sucesos no pudiera resistir a su presentación sucesiva, línea por línea, página por página; como si hubiera que comprimirlos en el sentido horizontal para impedirles huir, hacer bando aparte. Yo luchaba con los hechos para obligarlos a integrarse otra vez en el todo.

Un día creí conciliar mi gusto del pasado monárquico y mi deseo de totalidad emprendiendo una genealogía de los Capetos, desde Hugo Capeto hasta Alfonso XIII, los Borbón-Parma y el conde de París.

Un árbol genealógico completo, con todas las ramas colaterales, sin olvidar santos ni bastardos. Era un trabajo de romanos, dados los escasos materiales de los que yo disponía: dos gruesos diccionarios de historia en casa de mis padres y la posibilidad de consultar la *Gran Enciclopedia* en casa de un sacerdote. Se me había hablado de una *Genealogía de la Casa de Francia*, del Padre Anselmo. Para consultarla fue que penetré por primera vez en una Gran Biblioteca, en Sainte-Geneviève. Inicialmente tuve gran-

dísima dificultad para convencer de mi buena fe al bibliotecario. Hube de volver con una autorización de mis padres. Por supuesto, no pude llegar nunca hasta el Padre Anselmo, ya porque estuviera inaccesible entre los misterios del catálogo, ya porque se hallaba en la Reserva. La Reserva me desalentó, y proseguí por mis propios medios.

Las paredes de mi habitación se cubrían de hojas de papel, empalmadas unas con otras en todas direcciones. Quería seguir con la mirada todos los meandros de las filiaciones. Cuanto más se ramificaban en colaterales remotos y cargados, tanto más feliz estaba yo. Desde 987 hasta 1929, ¡qué bloque de historia desplegado sobre mi pared, y esto para culminar en el rey Juan, cuyo retorno invocábamos al son de *La Royale!*

Todas las preocupaciones de la política contemporánea, la propaganda, los folletos o las octavillas pegadas en los excusados, eran aspiradas por mi árbol genealógico. Las penurias del franco, el domingo negro de las elecciones Radicales, de los que se hablaba en la mesa, me parecían muy alejados, muy pequeños frente a la ramazón de mi árbol, que comenzaba en el siglo X y recubría Hungría, España, Portugal e Italia.

Este gusto por las genealogías y los cuadros sinópticos me ha perseguido largo tiempo. Me costó deshacerme de él.

Era ya estudiante de la Sorbona cuando comencé a enseñar Historia a chicos de tercero y cuarto año de la secundaria en un curso libre. Ya no utilicé el método sinóptico para mis notas. Con cierta pena, por otra parte, pero esto se volvía muy complicado y el enmarañamiento de los hechos hacía estallar mis cuadros. Como tenía que enseñar a niños la historia de la Guerra de los Cien Años, pensaba que no existía otro método más simple y más pedagógico. Me veo todavía cubriendo el pizarrón de corchetes, mediante los cuales simbolizaba gráficamente la sucesión de las causas y los efectos. Las cadenas de sucesos desbordaban los cuadernos de los niños desconcertados, y las madres de familia expresaban una desaprobación muda, pero formal. Hasta que por fin el director tuvo que intervenir para poner término a mi orgía de conexiones. La vergüenza que experimenté me

hizo perder para siempre el gusto por los cuadros sinópticos. Pero habían sido duros de morir.

Genealogía, cronología, sinopsis, eran testimonio de un celo torpe por aprehender la Historia en su totalidad. La ingenuidad misma de esta experiencia le otorga su valor.

Un niño, hundido en un medio iluminado por el pasado, intenta coincidir con ese pasado, que para él no es ya algo adquirido, como lo era para sus padres. El pasado le parece algo ajeno, pero infinitamente deseable, un reflejo de la dulzura de vivir, una imagen de la felicidad. La felicidad está detrás de él. Tiene que recuperarla. Esta búsqueda adquiere de repente un carácter religioso: es una búsqueda de la gracia. Hasta se tiene la impresión de que el ser del pasado se confunde con Dios. Los gestos de las prácticas religiosas seguían siendo hábitos superficiales. No creo que Dios estuviera presente en ellas. Dios estaba en el pasado al que intentaba acceder. No habría que apremiarme mucho para que reconozca en mi comunión con el pasado una experiencia religiosa más antigua.

Al afirmarse, la búsqueda del pasado se convirtió en una preocupación por aprehender su totalidad. El contenido poético de ese pasado lo descartaba voluntariamente como una tentación. Seguía presente en la vida cotidiana, en las conversaciones de familia; vibraba también en el fondo de mí mismo. Pero yo no admitía que fuera efectivamente la Historia, porque estaba incompleto. Llegué, en el último extremo, a vaciar a la Historia de su contenido humano, a reducirla a un esfuerzo de memoria y a un esquema gráfico.

Sin embargo, el exceso mismo de despojamiento y de síntesis permite, creo, entrever qué es, en su desnudez, la experiencia histórica.

Los aluviones de la cultura y de la política la recubren, ocultan y desfiguran. Se la desviará de su gratuidad y se la convocará para que se preste a una apologética política o religiosa. Se la laicizará para convertirla en ciencia objetiva.

Pero el día, en el siglo XX, en que el hombre fue colocado

brutalmente en la Historia, esa conciencia infantil del pasado reapareció.

Como última resistencia a la Historia, como el único obstáculo para el abandono ciego y animal a la Historia. O bien la Historia es un movimiento elemental, inflexible y sin amistad. O bien existe una comunión misteriosa del hombre en la Historia: la aprehensión de lo sagrado inmerso en el tiempo que su progreso no destruye, donde todas las edades son solidarias. Me pregunto si, al término de su carrera, el historiador moderno, cuando ha superado todas las tentaciones de la ciencia que deseca y del mundo que solicita, no llega a una visión de la Historia muy cercana de la experiencia infantil: la continuidad de los siglos, cargados de existencia, le parece sin profundidad, sin extensión, como una totalidad que se descubre de un solo golpe de ojo. Sólo que su visión no es la del niño, porque el niño no llega a abarcar todo el contenido de la existencia humana. Su totalidad es falsa y abstracta. Y sin embargo, conserva el valor de una indicación, de una tendencia. Sugiere también que la creación histórica es un fenómeno de naturaleza religiosa. En su visión de las edades unificadas, el Sabio, desembarazado de su objetividad, experimenta un goce santo: algo muy cercano a la gracia.